



Liliana Montesinos Rosas

Desde pequeña soñó con escribir una extensa novela; pero con la de su vida le basta. Comenzó en la adolescencia hilvanando versos, pero es en el cuento breve donde se siente más cómoda. Las ideas le vienen a la mente como una pujante cascada, la cual maneja a su antojo entre mundos antiguos, del presente y del más allá. Nació en Loucoche, entre pinos y abedules. Vivió sus primeros años en Huichahue, cerca de Temuco; estudió la Secundaria en el Liceo Gabriela Mistral de esa ciudad y luego estudió Bibliotecología en la Universidad de Chile. Ha publicado *Carahue, Antigua Ciudad Imperial* (co-autora), 1992; *Algo Grandioso en Palabras Simplex*, 1993; *Conociendo a Sai Baba*, 1995; *Nueve Cantos a mi Tierra y un Suspiro del Ayer*, 1997 y *Boletín Cultural Arte Viva*, 1998.



EL Marqués de la Biblioteca Nacional. cuento breve

Después de un tiempo, el ruido de los martillos y las sierras eléctricas se han hecho eternos. Horadan el alma, no sólo de nosotros, sino también de los espíritus que pululan en cada rincón de la Biblioteca.

Hoy es Jueves Santo. Afuera llueve. A través del ventanal que da a los jardines de este gran templo, veo las hojas otoñales de los árboles como brillan con la lluvia. Escucho el deslizarse de los neumáticos al pasar los vehículos sobre el pavimento mojado, entre la Alameda y Mac Iver. Estoy sola. Todos los investigadores ya se han retirado. El silencio bosteza largamente y deja entrar por sus enormes fauces, la tarde previa al recordatorio de la Pasión de Cristo. Todos piensan en el grandioso fin de semana... Para algunos será de reflexión; para otros, descanso, o viajar lejos de la capital. Y muchos traducen prosaicamente estos días sólo para paladear los exquisitos productos del mar.

No sé cuánto tiempo permanecí ensimismada entrando en el silencio de la tarde. No me di cuenta que frente a mi escritorio estaba parado, observándome, un hombre muy alto. Mi primera intención fue decirle que la sala ya estaba cerrada. Que debía volver el lunes; pero fue imposible modular alguna palabra. Una fuerza extraña me había inmovilizado. Fue entonces cuando reconocí en la figura del visitante, al hombre del cuadro que estaba colgado en el pasillo, al lado izquierdo de la puerta de la Sección Referencias Críticas. Mi corazón latió apresurado y un estremecimiento recorrió mi cuerpo. Sentí cómo se erizaban los vellos de mis brazos cuando él levantó su mano derecha frente a mi rostro con un evidente síntoma de enojo. Retumbó su voz en el amplio Salón de los Investigadores, para decirme que ellos no estaban en paz debido a los ruidos que producían las máquinas con que reparaban el edificio, y que un grupo de espíritus estaba a punto de efectuar una protesta. Mis ojos desorbitados vieron la sala repleta con los fantasmas de los numerosos cuadros y estatuas de la Biblioteca. Unos estaban a favor de los cambios. Por supuesto que su caudillo era José Miguel Carrera. Los que daban el favor al Marqués, deseaban una biblioteca silenciosa y cerrada.

El aristócrata fantasma levantó la mano hacia el etéreo público y todos enmudecieron al instante:

—¡Silencio!—gritó el Marqués con voz de barítono, y agregó en tono de amenaza:—Que hable la bibliotecaria aquí presente y nos explique por qué estos cambios. Hemos estado tranquilos más de siglo y medio...¿Por qué han venido a perturbar nuestro descanso?

Mi corazón palpó hasta los átomos más reconditos de mi cuerpo. Después de un angustioso silencio, proyectado desde los ojos de estos invisibles moradores, quise pronunciar una gran apología a favor de la modernidad. Pero estaba petrificada en mi asiento como una estatua de mármol. Un frío sudor me aprisionaba con fuerza. Si no hubiese sido por que latía mi corazón, de seguro habría pensado que estaba muerta. En mi desesperación miré al libertador de la patria y a los diferentes directores de la Biblioteca. Todos ellos estaban presentes en esta singular reunión. ¡Ah!, también vi a Pray Camilo Henríquez que tenía en sus manos, firmemente apretado sobre su pecho, un ejemplar de *La Aurora de Chile*. Todos tenían la vista puesta en mí, pero ninguno dijo nada y ahí estaba yo, entre ese mundo oculto de la Biblioteca y mi mundo; en una actitud expectante deseaba que sucediera algo insólito... De pronto surgió entre ellos alguien que conocí en vida: ¡Don Roque Esteban Scarpa! Me alegré porque sentí que él era mi salvación. A decir verdad yo no tenía ninguna intención de mezclarme con todos aquellos espíritus. Don Roque me hizo una reverencia, le sonrei con una valentía simulada y de paso le recordé mentalmente que nos habíamos visto en algunas ocasiones importantes. Entonces él, cómplice de los cambios, comenzó un vehemente discurso a los revolucionados espíritus. Las protestas de ultratumba se fueron apagando y uno a uno salieron a través de las murallas de la sala.

Parpadé unos instantes y me paré confusa. Tomé mi cartera y salí rápidamente, como arrancando de aquellos momentos de angustia. Cerré la gran puerta con nerviosismo, mientras pronunciaba una oración por los muertos.

Antes de irme miré hacia el cuadro del Marqués...

¡Con horror constaté que su figura no estaba en la vieja pintura que adorna el pasillo de la Biblioteca Nacional!

Fín



698289

Liliana Montesinos Rosas. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1998

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Liliana Montesinos Rosas. [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile